

EL MONUMENTO A RODÓ ES UNA GRAN OBRA DE ARTE

18.10.44 Y el proceso de su fundición, un orgullo para Chile

Por Alberto RIED

HALLABAME dispuesto a escribir algo sereno, diáfano como el aire deleitoso que respiramos todos los de esta lonja, para referirme al monumento dedicado por nuestro país a José Enrique Rodó, cuando, ocasionalmente, cayó en mis manos un diario de la tarde, en que aparecía un breve comentario, mejor dicho, un insulto emponzoñado para esta auténtica obra de arte.

Dos banderillazos candentes se clavaron sobre mis lomos de viejo toro, escaldado en estas lides, y aunque ausente a medias del redondel en que jamás me sentí uno de Miura, sin embargo, un corcovo de rebeldía me ha hecho escribir como ahora lo hago.

El monumento de Tótila Albert, a juicio mío y de muchos artistas de talento, entre quienes incluyo hasta rivales acérrimos en el oficio de Donatello, es el mejor logrado hasta ahora dentro de la colección chilena.

Para comenzar, es preciso tomar en cuenta que este discutido artista, ha conseguido, por fin, emancipar a tan difícil arte, del servilismo realístico y pedestre en que la escultura criolla y monumental se hallaba encharcada.

En esto, Tótila Albert le sigue, inconscientemente, los pasos, a esos dos innovadores geniales que se llamaron Archipenko y Lipschitz, quienes aportaron, en sus tiempos, como manifestación evolutiva de la estatuaría, la objetivación de la fantasía y de la abstracción, cualidades supremas que encaminan, en este caso, triunfalmente, la expresión creadora de este escultor chileno.

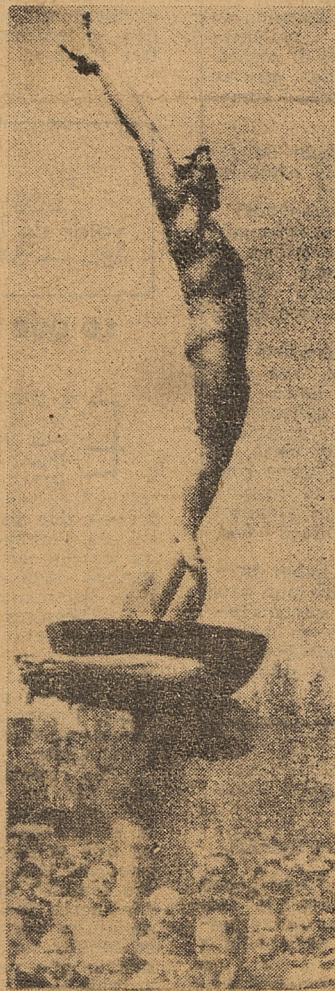
Albert abre con este monumento a Rodó, más bien dicho, al pensamiento elevado del escritor uruguayo, un mundo nuevo, que es el de la expectación. Esta obra maestra, hace entonces el milagro de convertir esas mismas ideas y símbolos, en hierro y bronce.

Contemplado el grupo a la distancia, dentro del maravilloso encuadramiento montañés que le hace el paisaje, este conjunto, lleno de armonía y consistencia, es el mejor arabesco en el espacio azul de nuestro cielo.

Por estas sutiles razones quizás si el hombre vulgar, repudia o no comprende esta altísima concepción artística, nacida sin ayuda del código de la pedantería escolástica. Por tales razones también, ese mismo hombre que anda y que no alcanza a concebir la gracia y sabiduría de las líneas, del movimiento y del volumen, cae y sólo vislumbra figuras pésimamente realizadas, ingráciles y hasta obscenas, en lo que no es otra cosa que perfecto equilibrio, sutileza, elegancia y concepto insalable, materializado en un noble trozo de bronce, animado por vida propia.

¿COMO SE HIZO ESTE MILAGRO?

Ese mismo "gros publique", como decimos nosotros los afrancesados, ignora, por otra parte, la odisea de este monumento que empieza a preocupar la atención de la ciudad. Tras de diez y ocho años de costalazos y de inercia, en



MONUMENTO A RODÓ

hízole cabeza a la comisión que abrió un concurso y eligió, entre otros proyectos al de Albert como el mejor.

Pero quedaba todavía el calvario de la ejecución material de la obra que nuestro escultor había ejecutado en greda y luego amoldado en yeso al tamaño natural. La Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile, hízose cargo, valientemente, de estas labores. Sus hombres, encabezados por su director, José Perotti, acometieron la empresa que representó un esfuerzo desconocido para quienes, después miran y, con las manos en los bolsillos, se atreven a opinar y aun hasta tirarle sus puyas.

En el curso del maestro Rodó Tonti, jefe de los talleres de fundición en bronce de dicho establecimiento docente, su ayudante Víctor Abrigo (con acento en la A) y diez o quince bravos muchachos, alumnos tanto de dicha escuela, como del curso paralelo de la de Artes y Oficios, sudaron la gota gorda, entre crisoles improvisados en tamberos de bencina y hornos hechos a la chilena, por falta de fondos, no consultados para el objeto.

Así, bajo galpones destarajados, escasos de todo cuanto es necesario en estas dificultosas tareas de arte, salió, en poco más de un año, esta magnífica pieza de bronce, que no podría ser fundida en parte alguna de la costa del Pacífico y sólo en grandes centros, tales como Buenos Aires, Río de Janeiro o los Estados Unidos de Norteamérica.

A modo de aditamento ilustrativo diré que esta fundición se hizo por el procedimiento de cera perdida, método inventado por los fenicios, proseguido por los etruscos; perdido en las tenebrosidades de la Edad Media; re-descubierto por el genio de Leonardo da Vinci, quien, al practicarlo durante el Renacimiento Italiano, lo perpetuó hasta nuestros días, sin que la ciencia ni la mecánica moderna, le hayan hecho innovación alguna. Consiste este proceso de fundición artística, en el amoldado en cera, de las piezas que el escultor realiza en greda primero y en yeso después, las cuales se revisten, tanto por dentro como por fuera, de material refractario, semi-líquido, como cualquier argamasa de albañilería. Terminada esta operación, colócanse estos trozos, a veces muy voluminosos, dentro de un horno, a fin de que, por medio de un calor regulado, evaporicen la cera, lo cual significa que el espacio que ella ocupara o sea la obra de arte misma, modelada por el artista, queda hueca y libre de materia, entre dos masas de material firme. Terminada esta etapa, estos trozos se colocan bajo tierra, pisoneándose los contornos de modo que resistan la presión que luego han de soportar por causa del metal fundido que se inyecta como un chorro de lava candente, dentro de la forma liberada de cera.

Una vez enfriadas estas piezas, sobre cuya superficie se percibe, en ocasiones, hasta la impresión digital que el artista dejara en la materia plástica, se procede a unir las entre sí, por medio de pernos u otros sistemas, terminado lo cual, tenemos el monumento concluido y apto para recibir los flachazos o escupos de quienes, ni han sudado tinta, ni se han quemado las pestañas en tan ardua como difícilísima labor.

La fundición en bronce del monumento a José Enrique Rodó, ejecutada en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile y que nada tiene que envidiar ni a Barbedienne, de París, ni a Campins, de Barcelona, es a mi parecer, otra obra de arte estupenda, que honra a quienes la han llevado a cabo.